

«Por fin un atlas histórico para los lectores del siglo XXI.» *Le Monde*

LA
HISTORIA
DEL
MUNDO
—
UN ATLAS

CHRISTIAN GRATALOUP

PENÍNSULA

El *bestseller* internacional

LA
HISTORIA
DEL
MUNDO

UN ATLAS

LA
HISTORIA
DEL
MUNDO

UN ATLAS



CHRISTIAN GRATALOUP

TRADUCCIÓN DE SERGI RAMÍREZ

Relatos de espacio

Por Patrick Boucheron

¿Y

si intentas hacer el experimento? Seguro que no has olvidado la casa de tu infancia. Los colores, las texturas, incluso los olores: recuerdas cada detalle, y cuanto más te piden que hables de ello, más se perfecciona y cobra fuerza esa bella imagen, tesoro incólume de tu memoria. Pero si te piden que traces el plano de la casa,

entonces toda esa seguridad se desvanece. Los contornos, tan claros en tu relato, se vuelven borrosos cuando se trata de plasmarlos sobre el papel. La mayoría de los historiadores profesionales tienen que hacer frente a esta desventura: en el momento en que narran algo, creen saberlo, pero si tratan de plasmarlo en un mapa, entonces descubren en él todo lo que no saben. Algunos insisten y se obstinan; la mayoría desiste. Pero todos se enfrentan a este rigor propio de la narración cartográfica: el trazo debe resolver lo que el texto deja en el aire. Dibujar es decidir.

Desde hace más de cuarenta años, todos o casi todos los meses, esta escena se reproduce en la redacción de *L'Histoire*. Esta revista se fundó en 1978 sobre una sencilla idea: los historiadores deben difundir ellos mismos los resultados de sus investigaciones y hacer que el saber que producen esté disponible para toda la sociedad. Escribir la Historia es darla a conocer. Por lo tanto, nos podemos fiar del poder imaginativo del relato para bosquejar un retrato, describir una situación, narrar un acontecimiento o incluso demostrar una secuencia de causas y efectos. Pero ¿cómo hacer visibles los efectos del paso de los años en los lugares? ¿Cómo reflejar la imagen de la permanencia o la fugacidad del tiempo desde el momento en que nos enfrentamos a la tiranía de las distancias?

Este tipo de representación se conoce como mapa histórico. Estos mapas ponen de manifiesto la manera en que una parte del tiempo se pliega en los diferentes tipos de espacio. Para crearlos hace falta conjugar varios talentos que tienen que ver tanto con la minuciosidad como con la inventiva. También es necesario que los historiadores, respondiendo a las solicitudes, pero también a las sugerencias, de los cartógrafos,

«Escribir la Historia es darla a conocer»

acepten poner en limpio sus hipótesis sobre las ubicaciones, las medidas, las escalas y las direcciones. La geografía es una escuela de la precisión histórica y el mapa que resulta de este esfuerzo permite ver un momento concreto en la aventura del conocimiento del pasado. ¿Cuánto saber acumulado, paciencia e investigación hacen falta para llevar a buen puerto mapas como los del Imperio de Carlomagno, la expansión del islam por el océano Índico o el genocidio armenio, que se descubrirán en este libro? Detrás de cada uno de estos mapas hay una auténtica biblioteca: la biblioteca de los especialistas en cada tema que a menudo descubrían, en el mapa que creaban para ellos los tenaces miembros de la redacción de *L'Histoire*, un compendio de su saber.

Ahondando en este tesoro bibliográfico, Christian Grataloup, el infatigable y entusiasta coordinador de esta aventura colectiva, ha elaborado el atlas histórico mundial que tienes entre las manos. Al retomar esos mapas, al redibujarlos, al ponerlos al día y al reinventarlos, al complementarlos con muchos otros, pero sobre todo al organizarlos en el auténtico relato de espacios que constituye esta obra, en su propuesta de grandes divisiones cronológicas y temáticas —la gran aportación intelectual de este compendio—, Christian Grataloup nos ofrece el sueño hecho realidad de una geohistoria universal. Es decir, una historia a través de mapas que reflejan la sucesión de los diferentes estados y sociedades que han existido en el mundo.

Porque esta obra trata del mundo y trata de historia. Una historia amplia y generosa que recorre alegremente largos períodos y grandes espacios, desde los mapas sobre la expansión del *Homo sapiens* por la superficie del planeta hasta los del cambio climático en la actualidad. Pero no imagine el lector que este es uno de esos atlas pretenciosos que ofrecen una mirada cíclica y limitada a las grandes civilizaciones. Muy al contrario, esta obra trata de reflejar una historia atenta a los accidentes del terreno, a los intereses de los hombres o a las vacilaciones de los acontecimientos. Así pues, aquí el tiempo histórico no hace sino esbozar a grandes rasgos las evoluciones seculares en los planisferios; ya sea para las guerras médicas, las campañas de

Luis XIV o la batalla del Marne, aquí el tiempo histórico se para en los campos de batalla, presentando día a día, incluso hora a hora, la crónica de la desgracia de los hombres.

Evidentemente, cuando se habla de relatos de espacio o de la manera de espaciar el tiempo, todo es cuestión de escalas, orientaciones y proyecciones. Si este atlas histórico es completamente mundial es porque hace justicia a la diversidad de los mundos y a la imprevisibilidad de sus posibles devenires en vez de corear con sumisión el destino de su occidentalización. Algunos aún creen que deben reprocharle al desarrollo de la historia-mundo, es decir, a los efectos sobre la disciplina histórica del giro global de las ciencias sociales, que altere nuestras certezas al trastocar el friso del tiempo. Al examinar este atlas se entenderá fácilmente lo infundado que es ese reproche, ya que esta historia está presente, pero no suprime nada: amplía y completa nuestra experiencia sobre la humanidad al multiplicar los puntos de vista inéditos sobre el mundo —como los navegantes del Pacífico, las encrucijadas del Mundo Antiguo, el nacimiento del budismo o la Primavera Árabe de 2011, por citar solo unos cuantos— pero sin desdeñar las cuestiones más clásicas de la historiografía.

Lo mismo ocurre con la elección de los métodos cartográficos. Este atlas usa escalas (es el caso, por ejemplo, de la Grecia arcaica o de la India en el siglo xix) y proyecciones (un ligero descentramiento le da su compactibilidad al reino merovingio o su magnitud al Imperio de Carlos V, mientras que una inclinación más pronunciada explica el Imperio inca). Pero las usa con cautela, no tanto para desestabilizar la percepción como para aportarle algunas pequeñas correcciones sin buscar provocaciones inútiles. Tal como escribió Paul Veyne, «la historia no avanza, sino que se amplía, lo que significa que no pierde hacia atrás el terreno que conquista hacia delante». Este no es el menor de los placeres que le esperan al lector de este Atlas histórico mundial: en él se dará cuenta de la importancia de esta «ampliación del cuestionario de la historia» que no le resta nada a la agudeza de las antiguas cuestiones. El lector comprenderá que la publicación de este compendio representa un momento en la historiografía, más sosegado de lo que parece bajo la lupa

deformante del debate público, donde la síntesis y la historia general pueden volver a ser posibles.

Y puesto que todo atlas pretende ser una invitación a viajar, que este satisfaga el placer de todo viajero: ser fiel a las grandes citas mientras se guarda algunas sorpresas. Así pues, en estas páginas encontrará todo lo que busca, así como lo que no se esperaba. Algunas veces el lector se reconocerá en el atlas, recordando con placer lo que ya sabe, pero la mayoría de las veces aprenderá lo que ya sabía que no sabía y, otras veces, incluso lo que no sabía que ignoraba. Para eso hace falta aprender a viajar ligero, y por eso aquí hemos intentado en primer lugar cuidar el valor de uso de un objeto sencillo, ameno y manejable que desmienta la razón por la que se les da el nombre mitológico de Atlas, el infatigable titán condenado a cargar pesadamente el mundo sobre sus hombros, a las recopilaciones de mapas geográficos. En 1978, año de la fundación de *L'Histoire*, se publicó un atlas histórico de Georges Duby que proponía, según la expresión del propio autor, una «historia global de las civilizaciones». Continuamente reeditado, modificado y actualizado, acompañó a varias generaciones de estudiantes y de lectores. Según otra etimología, la del auctor, que en la Edad Media era aquel que aumenta el mundo, uno no escribe para reemplazar su percepción sino para ampliarla. Es por eso que, a las puertas de esta obra, no podemos más que citar a su ilustre historiador mientras decimos con él: la historia continúa.

La creación de un atlas

Por Christian Grataloup

¿Por qué hacer un nuevo atlas histórico hoy en día? Ningún proyecto de tal envergadura ha visto la luz en los últimos cuarenta años. En un mundo donde la imagen se ha impuesto al texto y donde el software de cartografía y de diseño permite auténticas proezas gráficas, queríamos hacer un libro bello con buenos mapas que a la vez fueran precisos y pudieran ser leídos por el mayor número de personas. Sobre todo, lo que queríamos era hacer un atlas que fuera propio del siglo **xxi**.

Hoy en día ya no se puede realizar un «teatro del mundo», antigua forma de llamar a un atlas, sin afrontar la cuestión de su estructura. No hace mucho, bastaba con dejarse llevar por el relato de las «grandes civilizaciones» progresivamente occidentalizadas. La cronología hacía las veces de geografía. Apenas se tenían escrúpulos a la hora de proyectar lejos del Mediterráneo divisiones canónicas, inventando una «África medieval» o una «Antigüedad japonesa». En cuanto a las sociedades antaño calificadas como «sin historia», la mayoría de las veces se ignoraban. En el mejor de los casos no entraban en escena hasta la víspera de su «descubrimiento». A medida que se elimina la posición de preeminencia occidental, la investigación científica se topa con las oleadas de avance de los inuit o la expansión polinesia. A partir de la segunda parte, el atlas pone en escena las que son, a nivel mundial, las primeras sociedades.

Elecciones geográficas para una historia

Emanciparse de un gran relato eurocentrista no exime de articular cartografía e historia: el mapa en blanco es una amenaza. La información sobre el pasado a menudo es imprecisa y fragmentaria. La cartografía resuelve, traza unos límites, sitúa aquí y no en otra parte. Sin embargo, el mapa, más a menudo que un texto, se lee como una recapitulación de hechos. Entonces hace falta asumir lo que los cartógrafos llaman «generalización», es decir, la globalización en el espacio de conocimientos puntuales, hecho que puede comprobarse en muchos mapas que abordan temas

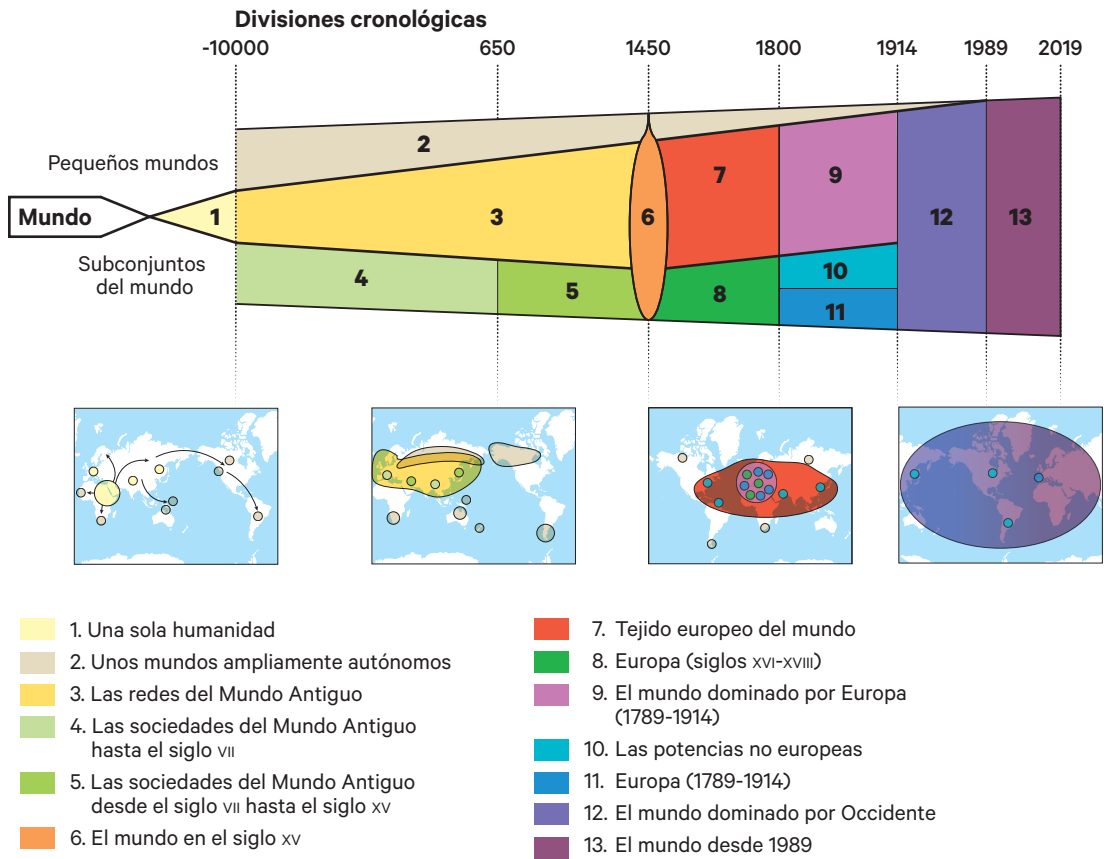
«La historia del mundo tiene su geografía y viceversa»

mal documentados: entre la eliminación de las cuestiones tratadas y la simplificación del propósito, nosotros hemos elegido la cartografía, aunque sea muy generalizada.

La escala del mundo condena a afrontar la dificultad del planisferio. Ninguna proyección es totalmente satisfactoria. Nosotros hemos elegido la diversidad al preferir las técnicas que sirven mejor para la problemática cartografiada: las proyecciones que respetan las distancias para las redes y las que representan mejor las superficies para los mapas geopolíticos. Otra cuestión temible: los límites del mapa. La opción que hemos tomado es la del contexto: cartografiar una extensión más grande que la del tema tratado para poner en escena los efectos históricos de la situación geográfica. También hay divisiones centradas en puntos intermedios: las transiciones geográficas, como las transiciones históricas, son tan importantes como el apogeo y la disección «a encuadre completo» de las sociedades.

Sobre todo, un atlas histórico es siempre una declaración de acercamientos y distanciamientos. ¿Hay que dar preferencia a la continuidad temporal o a la proximidad espacial? En un atlas de carreteras, pasar la página significa desplazarse hacia el este o el oeste. En un relato histórico, esto la mayoría de las veces significa avanzar unos años o unos siglos. Cada parte a nivel global empieza con un mapa de las interacciones al nivel más amplio: antes del siglo xv el eje del Mundo Antiguo (las sociedades conectadas desde los mares de China hasta el Mediterráneo) y, más adelante, un planisferio. Pero las sociedades locales, como los Estados europeos, no desaparecen, sino todo lo contrario. Proponer un conjunto de más de quinientos mapas permite condensar varios atlas en uno solo. Si un lector busca la cartografía de la historia de Francia o de China, tendrá la oportunidad de encontrar el relato habitual y podrá seguir el itinerario de Juana de Arco o de la Larga Marcha. Para ello, en la parte superior de las páginas de la derecha, hay remisiones a otros mapas que permiten crear otros relatos que no son los propuestos en nuestro índice.

Estructura esquematizada del atlas



Una estructura tanto escalar como cronológica

Aunque son posibles muchos recorridos, la forma del libro solo está constreñida por una única sucesión, la de la numeración de las páginas. Las partes estructuradoras se hacen visibles mediante pestañas porque son asumidas, y alternan momentos a una escala lo más grande posible (mundial a partir del siglo xv), como la 1.^a, 3.^a, 7.^a y 9.^a parte, con *zooms* sobre conjuntos sociales más restringidos, como en la 4.^a, 5.^a, 8.^a, 10.^a y 11.^a parte. Como un bajo continuo, la discreta 2.^a parte intenta que las sociedades poco conectadas no caigan en el olvido. Las divisiones cronológicas solo coinciden parcialmente con las periodizaciones clásicas. Una parte entera, la 6.^a, es el punto focal de la estructura: centrada en el mundo en el siglo xv, refleja la ruptura y transición entre los mundos fraccionados y el mundo. De un modo menos importante, el s. vii introduce una discontinuidad (paso de la 4.^a a la 5.^a parte), ya que el fraccionamiento de la unidad mediterránea parece más importante que las cesuras tradicionales. En cambio, no debe resultar sorprendente que haya un cambio de parte en 1914 y en 1989. Teniendo en consideración el orden de los mapas, un lector atento podrá notar que no partimos del Mediterráneo y de Europa para ir hacia los extremos del mundo. En esta obra el eje del Mundo Antiguo empieza en China y termina en Europa. Ciertamente, hacerlo al revés es igualmente legítimo, pero la costumbre frena la imaginación. Esperamos sorprender al lector.

Esta estructura puede esquematizarse con un croquis. Probablemente esta sea una costumbre de los cartógrafos, pero se trata sobre todo de un friso cronológico cuyo eje central es la génesis del mundo y cuyos bordes reagrupan la presentación de las sociedades específicas. Esta es la «puesta en imagen» del relato del atlas...

Al principio fue la expansión de la humanidad por toda la Tierra; una sola humanidad. Pero, debido a esa misma expansión, se produce una pluralidad de sociedades (1). Algunas sociedades se hallan muy desconectadas de otras (2), durante largo tiempo, hasta que la absorción de estos pueblos indígenas a menudo se produce de forma destructiva. En el corazón del Mundo Antiguo las conexiones no paran de reforzarse entre sociedades cercanas, desde los mares de China hasta el Mediterráneo (3), pero las distancias siguen siendo demasiado grandes como para que los mundos no logren una autonomía (4, luego 5). En el momento en que aparecen esfuerzos para hacer más sólidos esos vínculos (6), las redes antiguas se extienden al vasto mundo (7), empezando a erosionar los mundos más pequeños (8). Con la llegada de la industrialización, el proceso se acelera (9, luego 12) cuestionando de forma más rápida los niveles locales (10, luego 11). El atlas se detiene en el 2019 (13); continuará...

1

Una sola humanidad

3000 antes de nuestra era

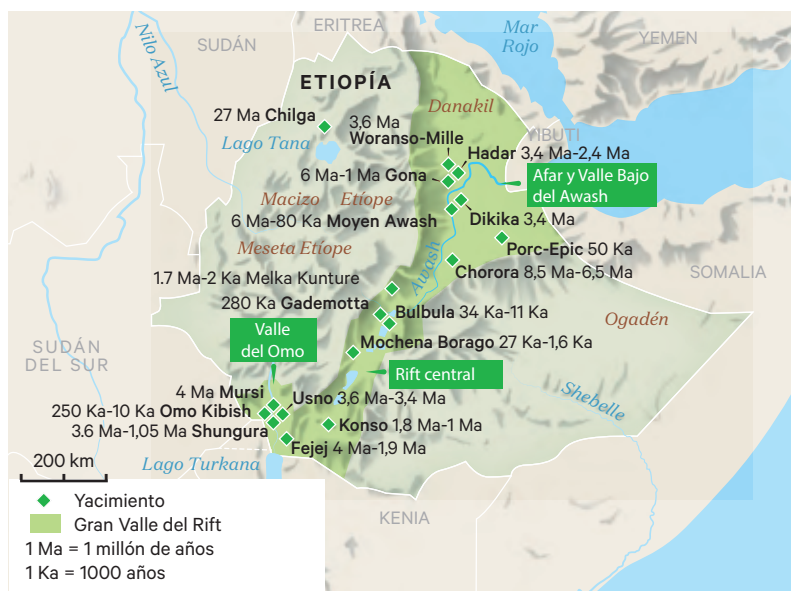
De los australopitecos a los *Homo sapiens* (desde hace 7 millones de años)



De los homínidos a los humanos

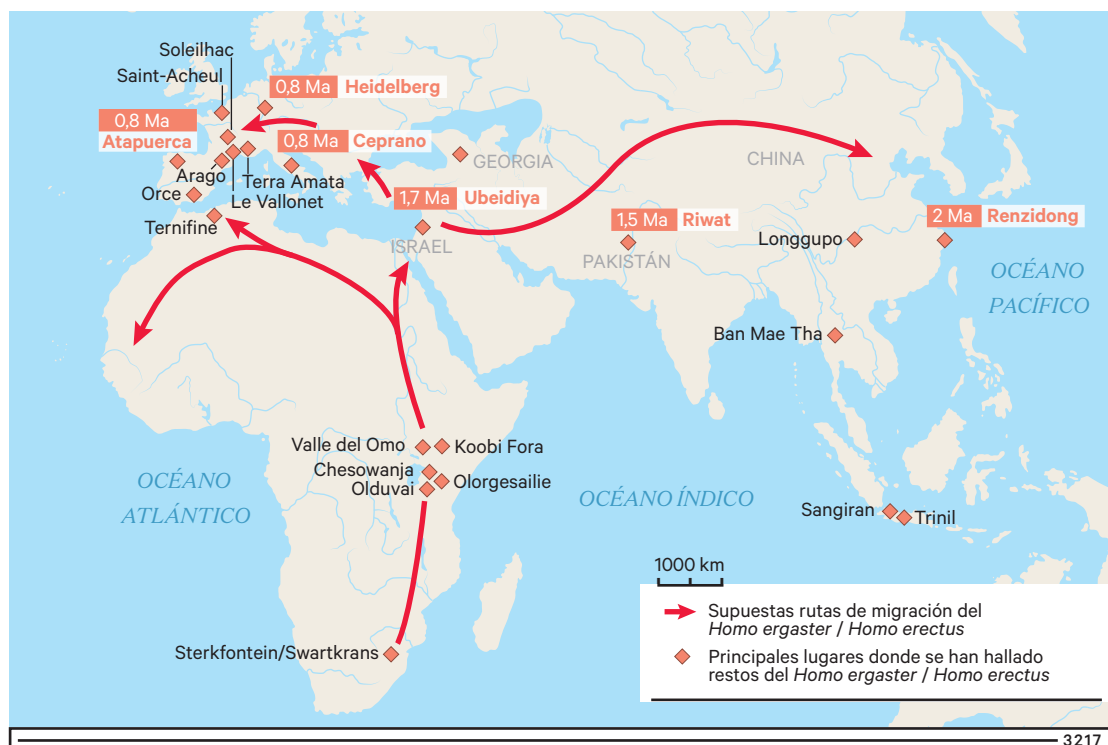
Los homínidos, los primeros miembros de la línea humana posterior a la divergencia entre chimpancés y humanos, aparecieron en África hace 7 millones de años. Los paleoantropólogos distinguen varios grupos diferentes (ardipitecos, australopitecos, homos) que a menudo coexistieron. Entre los homos, cuyos especímenes más antiguos se remontan a hace

2,8 millones de años, destaca el *Homo sapiens*, que aparece hacia el 200000 antes de nuestra era en África y emigra hacia el conjunto de tierras emergidas, reemplazando a todas las demás especies. Esta sustitución, que no excluye numerosos mestizajes, resulta decisiva para la unidad biológica de la humanidad actual y ocupa un lugar central en los debates científicos contemporáneos.



¿La cuna de la humanidad?

El Rift (un rift es una fosa de hundimiento entre dos placas tectónicas) en las actuales Etiopía y Kenia, sobre todo en los valles del Awash y del Omo, acumula una gran cantidad de fósiles. La extraordinaria conservación de los restos prehumanos y de su entorno ha provocado un gran avance en el conocimiento de la filiación humana. El fósil más famoso, el de «una joven» muerta hace 3,2 millones de años, fue bautizado como Lucy cuando fue descubierto en 1974. En el mapa, las edades se indican en millones de años (Ma) o en miles de años (Ka).



Expansiones sucesivas

El escenario científico actual propone una primera expansión del género *Homo* a escala del Mundo Antiguo hace entre 2 y 1,8 millones de años. Se han descubierto fósiles de homos o herramientas en China (2 Ma), Georgia (1,8 Ma), Israel (1,7 Ma) y Pakistán (1,5 Ma). La forma de articular los procesos de expansión y evolución genética generó mucho debate. El modelo

multirregional, propuesto en la década de 1930 (evolución del *Homo ergaster* o *erectus* hacia el *Homo sapiens* en diferentes lugares) se oponía al modelo «fuera de África» (1988), en el que el *Homo sapiens* solo aparecía en África. Actualmente, el modelo «intermedio» sostiene la hipótesis de intercambios genéticos permanentes combinados con varias migraciones.

El *Homo sapiens* a la conquista del mundo



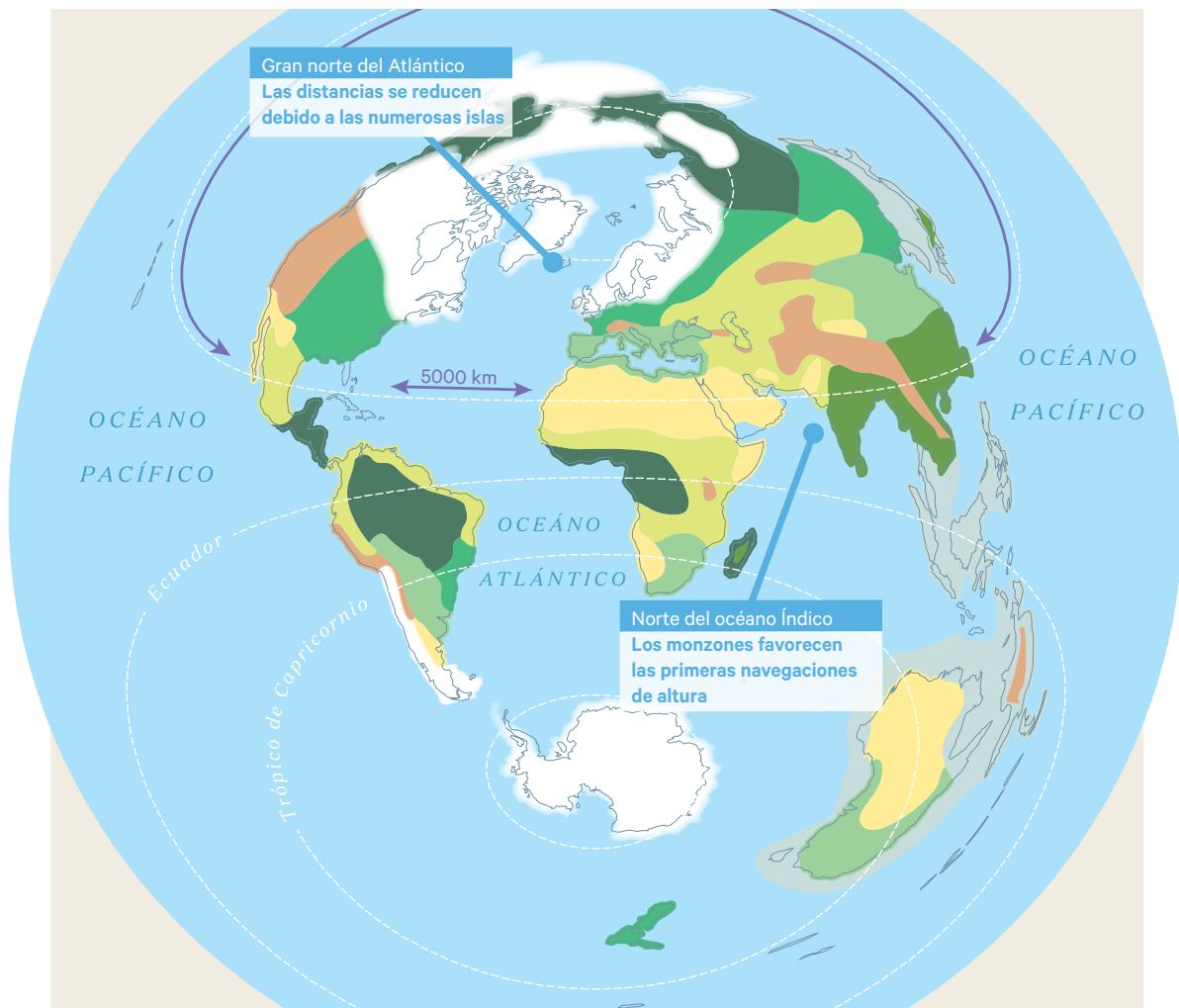
La expansión del *Homo sapiens*

- Yacimiento del Paleolítico superior o del Neolítico
- Tránsito intercontinental terrestre
- Tránsito intercontinental marítimo
- Fecha propuesta según los conocimientos actuales
- Tierra emergida durante la última glaciación (- 70000 a - 10000 años)

Pasos y obstáculos para la movilidad de los humanos

El *Homo sapiens* acabó por poblar todas las tierras emergidas, pero en fechas diferentes. La expansión es muy antigua en Eurasia, más reciente en Australia y América, y prácticamente ayer en el Pacífico o en Madagascar. Los medios terrestres abiertos (estepas y sabanas) y las orillas del mar favorecieron su circulación. Durante

mucho tiempo, océanos, grandes masas forestales y montañas fueron un obstáculo. Tampoco hay que olvidar que el mapa de los medios naturales tiene su propia historia marcada por el ritmo de las glaciaciones. Hoy en día las mayores densidades de población corresponden a regiones antiguamente forestales.



La ambigüedad marítima (los mares pueden separar o unir)

- El océano, durante mucho tiempo una barrera absoluta debido a las enormes distancias

Medios continentales que dificultan, en ciertos momentos, el paso de los humanos

- Masa glaciaria durante su máxima extensión (~17000)
- Región árida sometida al «desplazamiento» de las zonas climáticas (hacia las latitudes más bajas en período glacial y a la inversa)
- Enorme barrera montañosa (pero que puede servir de refugio)

Medios que facilitan el paso

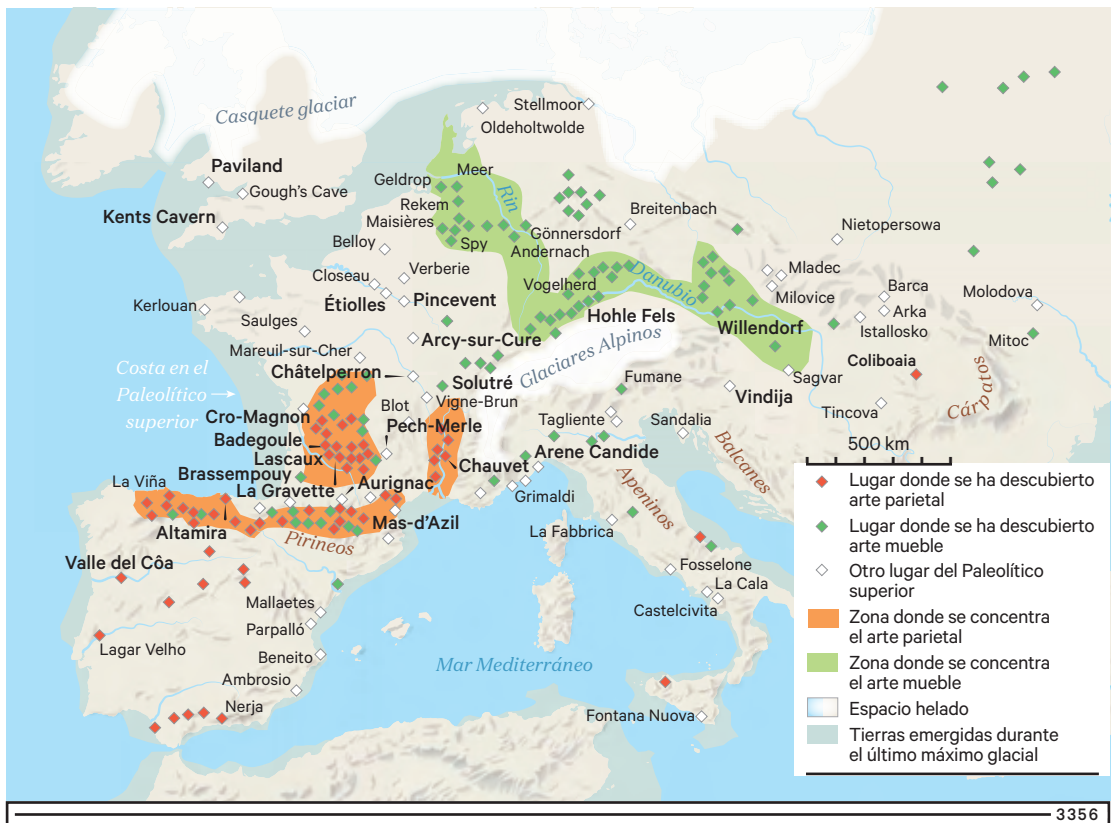
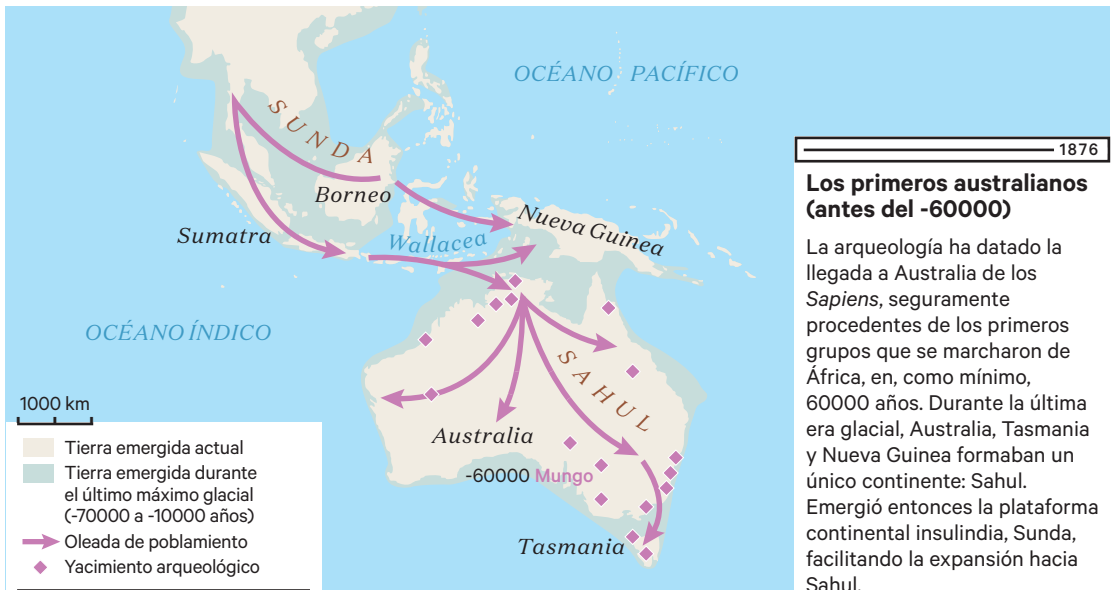
- Región emergida debido al descenso del nivel del mar durante el último episodio glacial
- Estepas, praderas y sabanas fáciles de cruzar
- Bosque abierto o sensible a incendios

Regiones de densos bosques que, una vez deforestadas, pueden convertirse en entornos con grandes densidades de población humana

- Región que se ha mantenido boscosa hasta la actualidad
- Región de selva tropical o subtropical convertida en zona de cultivo de arroz
- Región de bosque templado actualmente deforestada

Última glaciación: cuando el *Sapiens* pobló la Tierra





Estepas frías pobladas en el Paleolítico superior (-45000 a -12000)

Durante la última era glacial, entre el casquete glacial y el Mediterráneo, la futura Europa estaba cubierta de estepas herbosas. Los desplazamientos resultaban sencillos y había abundante caza (renos, bisontes, caballos).

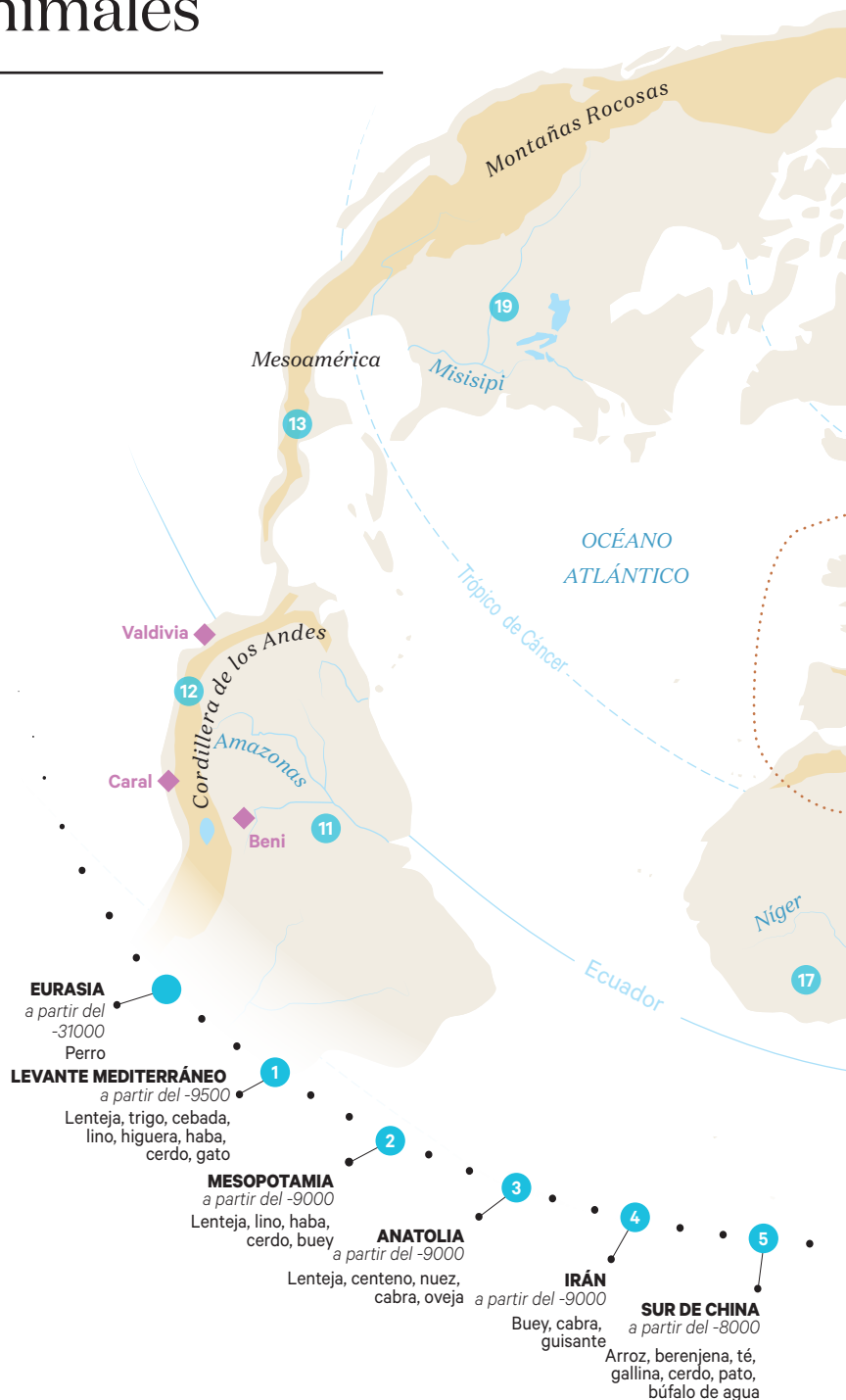
Los vestigios de las sociedades del Paleolítico superior (-45000 a -12000) están repartidos por todo el continente. El arte parietal se concentra en un área que va de Portugal a Ardèche (Francia).

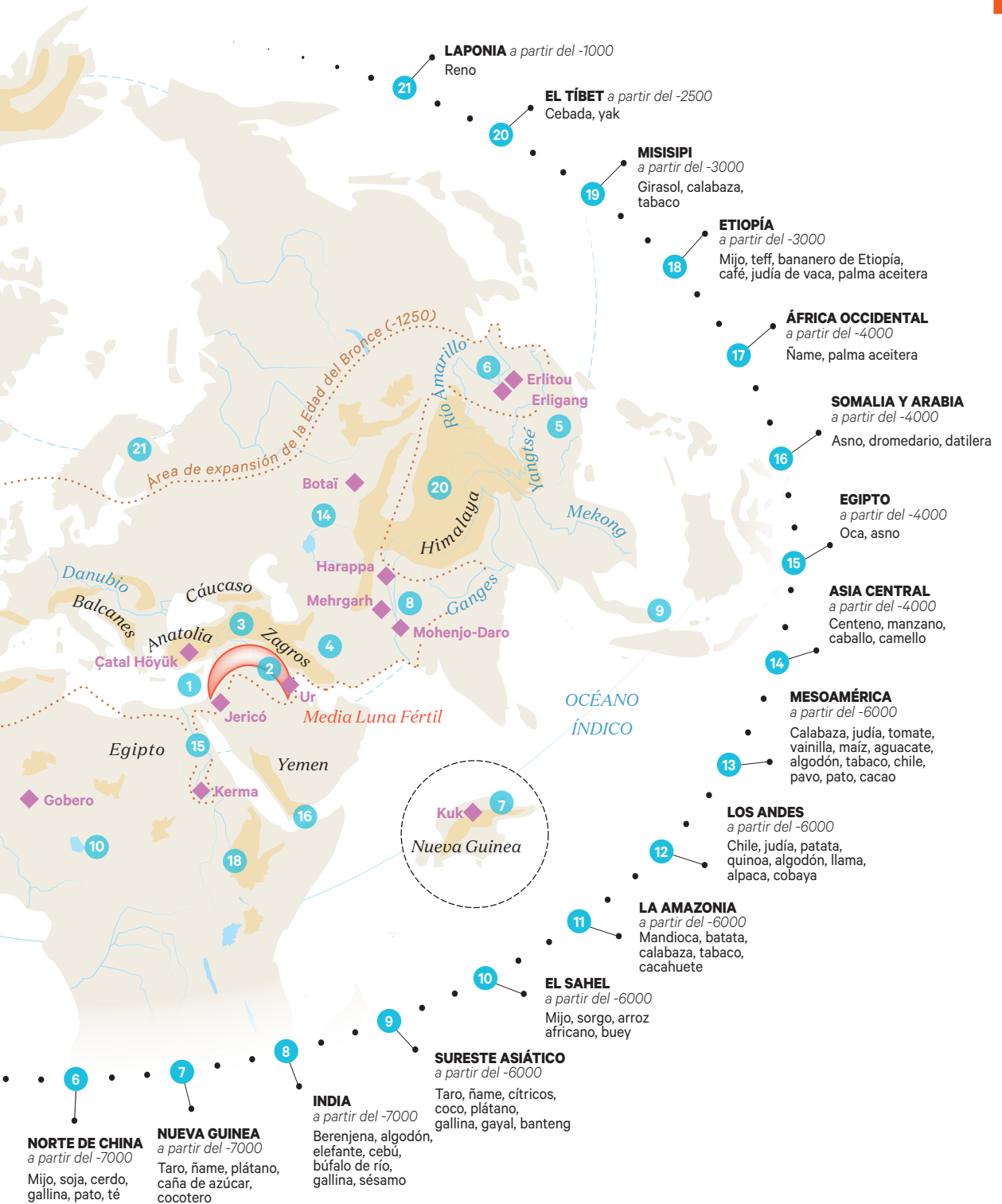
La domesticación de plantas y animales

7590

Los primeros hogares neolíticos

El término «neolítico», acuñado en 1865 por el prehistoriador británico John Lubbock para distinguir la Edad de la Piedra Pulida de la Edad de la Piedra Tallada, designa también el paso de la simple explotación de los recursos naturales a la producción de plantas y animales domesticados. La transformación, en el marco de las sociedades humanas, de especies animales o vegetales por pérdida o adquisición hereditaria de caracteres fisiológicos o morfológicos comienza a partir del Neolítico con la domesticación del perro. Sin embargo, el Holoceno, que empieza hace 10000 años tras la última glaciación, representa una transformación profunda de las sociedades, que inician un claro crecimiento demográfico con la domesticación de animales o plantas, y la sedentarización. Los datos indicados alrededor del mapa corresponden a los primeros casos arqueológicos conocidos. Las domesticaciones conciernen a especies vivas locales, que más tarde se expandirán según las conexiones de esas sociedades innovadoras. Así, las domesticaciones realizadas en Nueva Guinea tuvieron mucho menos impacto que las de la Media Luna Fértil. Algunas sociedades, como las de Asia Central, se especializaron sobre todo en la ganadería, mientras que la mayor parte se convirtieron en sociedades agrícolas.





La Media Luna Fértil





8743

La principal encrucijada del Mundo Antiguo

La expresión «Media Luna Fértil», acuñada por el arqueólogo estadounidense James Henry Breasted (1914), designa en primer lugar la franja de estepas cultivables (más de 200 mm de precipitaciones anuales) en forma de medialuna en las faldas meridionales de los montes Tauro y Zagros alrededor del desierto de Siria. Después el uso del término se extendió al litoral oriental del Mediterráneo y a Mesopotamia. Vere Gordon Childe, arqueólogo australiano, también incluyó el valle egipcio del Nilo. Es en esta zona y en las mesetas anatólicas cercanas donde se domesticaron los ancestros del trigo (escaña, farro), la cebada y el centeno, el lino, los guisantes y las lentejas, el buey, el cerdo, la cabra, la oveja, el asno, el gato... Previamente, este también fue el emplazamiento de una de las experiencias de sedentarización más antiguas, la cultura natufiense, y, después, la región se convertirá en cuna de la escritura. El hecho de que esta sea la zona de origen de las religiones abrahámicas (el supuesto recorrido de Abraham coincide con la zona de la Media Luna Fértil) no es ajeno al interés que despierta su historia.

La Media Luna Fértil, un espacio abierto por donde es fácil desplazarse, también es una encrucijada a escala euroasiática. Numerosas regiones, como el litoral mediterráneo, el mar Rojo, el golfo Pérsico, la cubeta iraní, las estepas de Asia central o el valle del Nilo, permitieron la convergencia hacia Asia occidental, lo que favoreció tanto la difusión de las innovaciones locales como la llegada precoz de novedades procedentes de otras regiones, pero también las migraciones y las invasiones.

2

Unos mundos ampliamente autónomos

Los mundos amerindios antes de 1500





Las áreas culturales amerindias

«Todos los pueblos amerindios tienen un gran parecido sin dejar de mostrar marcadas diferencias» (Christian Duverger). Es probable que se produjeran varias oleadas de población llegadas de Asia a través del estrecho de Bering, e incluso que tuvieran lugar contactos transoceánicos (aunque no hayan dejado huellas evidentes), por lo que hoy en día existe una visión global sobre las antiguas sociedades americanas. Las similitudes no son solo antropológicas, sino que la circulación cultural jamás habría cesado. Por todo ello, actualmente ya no se puede pensar en las sociedades amerindias como un mosaico de culturas yuxtapuestas y de larga duración. La arqueología traza los contornos de grandes áreas culturales integradas y multiétnicas pero unidas por la difusión de lenguas dominantes, como el náhuatl en Mesoamérica o el quechua en los Andes.

Las principales áreas amerindias



3319

Teotihuacán (siglos III a. C.-VII d. C.)

No muy lejos de la actual Ciudad de México, en una vasta llanura abierta a 2.200 m de altura, Teotihuacán se erigió en torno al 300 a. C. Esta capital náhuatl fue originalmente un centro ceremonial monumental. Hasta el s. VII la ciudad tuvo una actividad desbordante. El centro está estructurado por dos ejes perpendiculares: la Calzada de los Muertos cruza el río San Juan, cuyo curso se desvió para crear una perpendicularidad perfecta. No antes del s. II a. C. se construyeron tres grandes conjuntos piramidales: la pirámide de la Luna, la pirámide del Sol y la ciudadela, recinto ceremonial cuadrangular rodeado por 15 edificios religiosos en cuyo centro se halla el templo de Quetzalcóatl, la deidad de la serpiente emplumada. Toda la ciudad se organizó conforme a un trazado cuadrangular. El repentino abandono de Teotihuacán hacia el 650 d. C. estuvo rodeado de un cierto aire de misterio. Pero, en realidad, se debió a una crisis interna del sistema. El declive del poder náhuatl se generalizó en Mesoamérica: la gente abandonó los centros ceremoniales y se reasentó para llevar una vida aldeana.



9823

Mesoamérica (hacia el 1200 a.C.-1300 d.C.)

Desde el III milenio a.C. se dibuja en América Central un área cultural multiétnica surgida a partir de sociedades de tradición nómada, pertenecientes a la familia lingüística náhuatl, y de pueblos agrícolas: los otomíes al oeste y los mayas al este. Este mestizaje engendra una civilización en la que surge una escritura ideográfica compleja, y se produce una alternancia geopolítica entre los altiplanos occidentales y las tierras bajas orientales. Sucesivamente surgen los olmecas (1200-500 a.C.), los teotihuacanos (200 a.C.-650 d.C.), los zapotecos (Monte Albán, 200-600 d.C.), los totonacos (El Tajín, 600-1200), los primeros mayas (650-950) y los toltecas (900-1168), cuyas migraciones al norte del Yucatán dieron lugar a la civilización tolteca-maya.



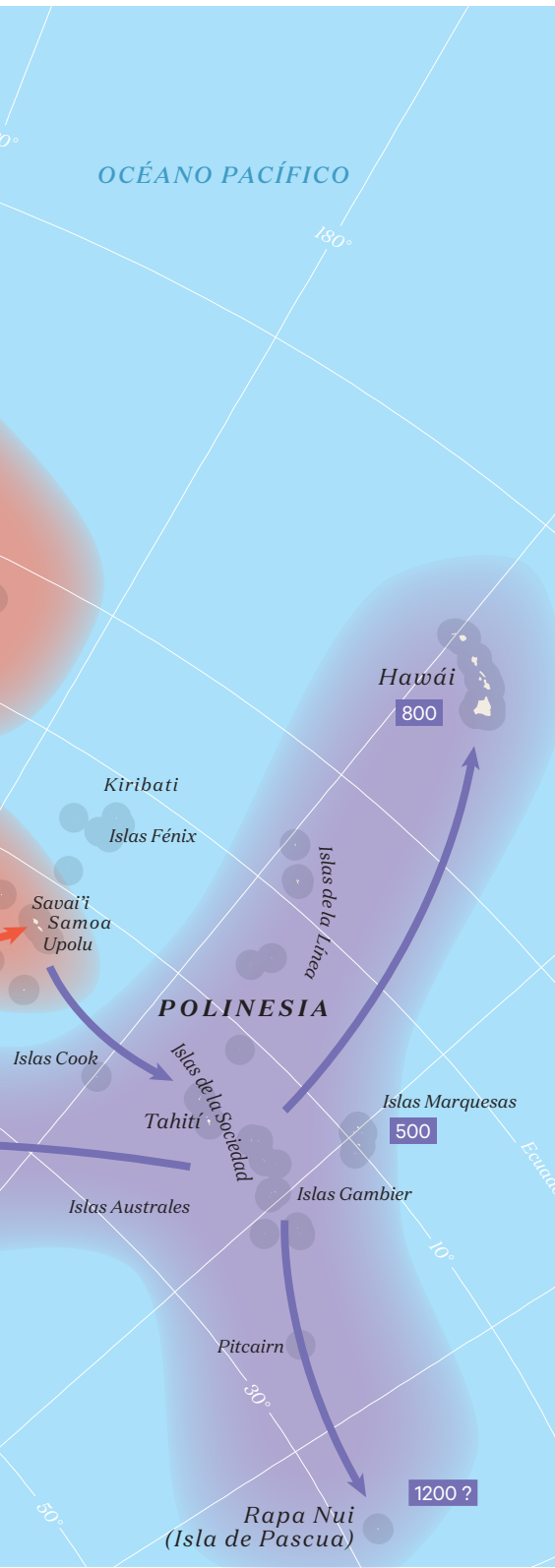
1045

4.500 años de civilizaciones andinas

Las primeras civilizaciones surgen hacia el 2500 a.C. con Caral, al norte de la actual Lima. Le sucede, en el corazón de los Andes, Chavín de Huántar, hacia el 1800 a.C. También aparecen otros centros regionales, como Huari y Tiahuanaco entre los ss. VIII y XI, antes de que Cuzco se imponga en el s. XIV. Otros centros se desarrollan en la llanura litoral: Chan Chan al norte y Nazca al sur (600-1000 d.C.). Perduran ciertos rasgos propios de la cultura andina durante estos cuatro milenios, sobre todo el culto a las momias y el papel de los tejidos ceremoniales. En el extremo norte andino (fuera del mapa), la civilización tayrona es famosa por el urbanismo en terrazas de Ciudad Perdida.

Los navegantes del Pacífico



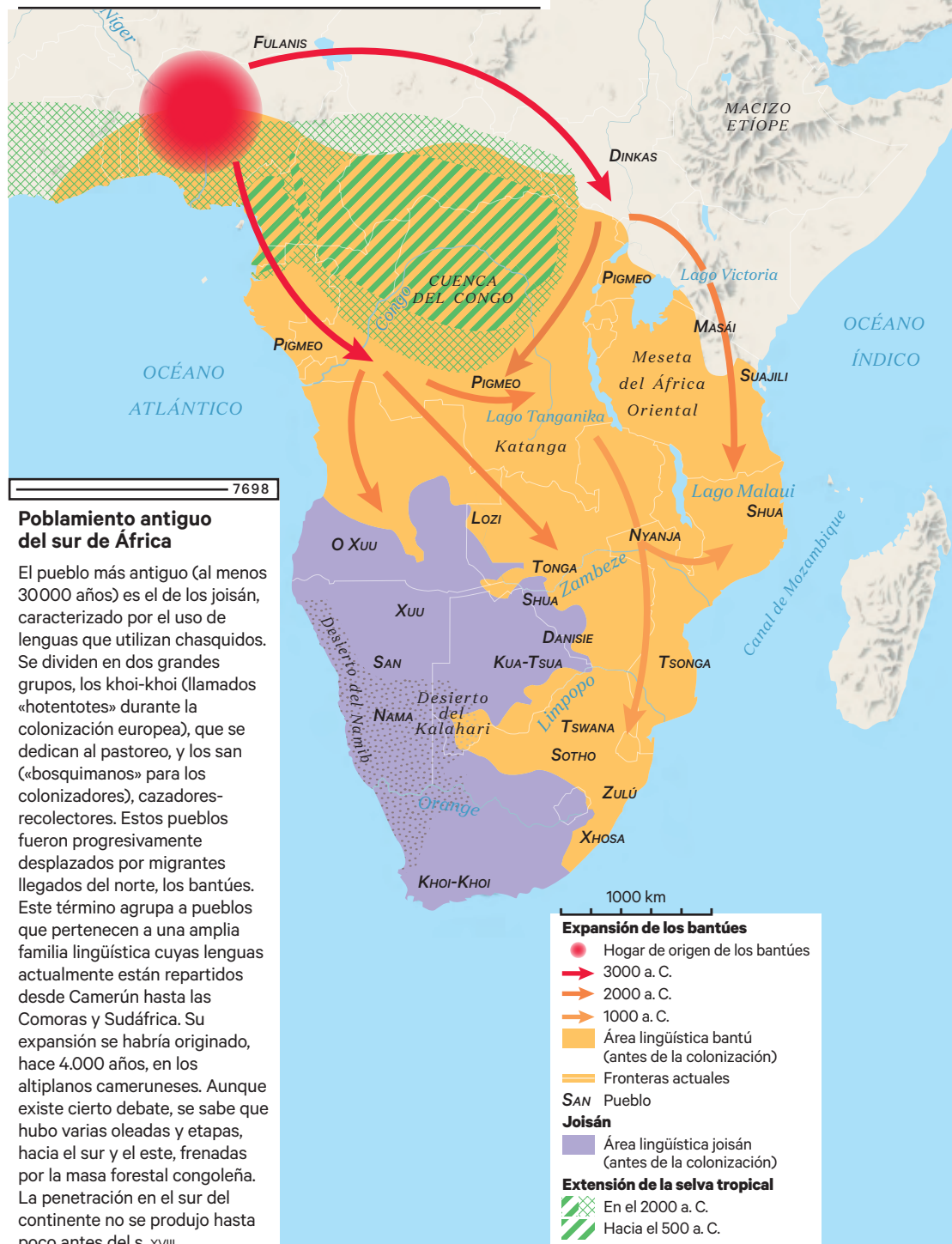


El poblamiento del Pacífico (del 3500 a.C. al 1500 d.C.)

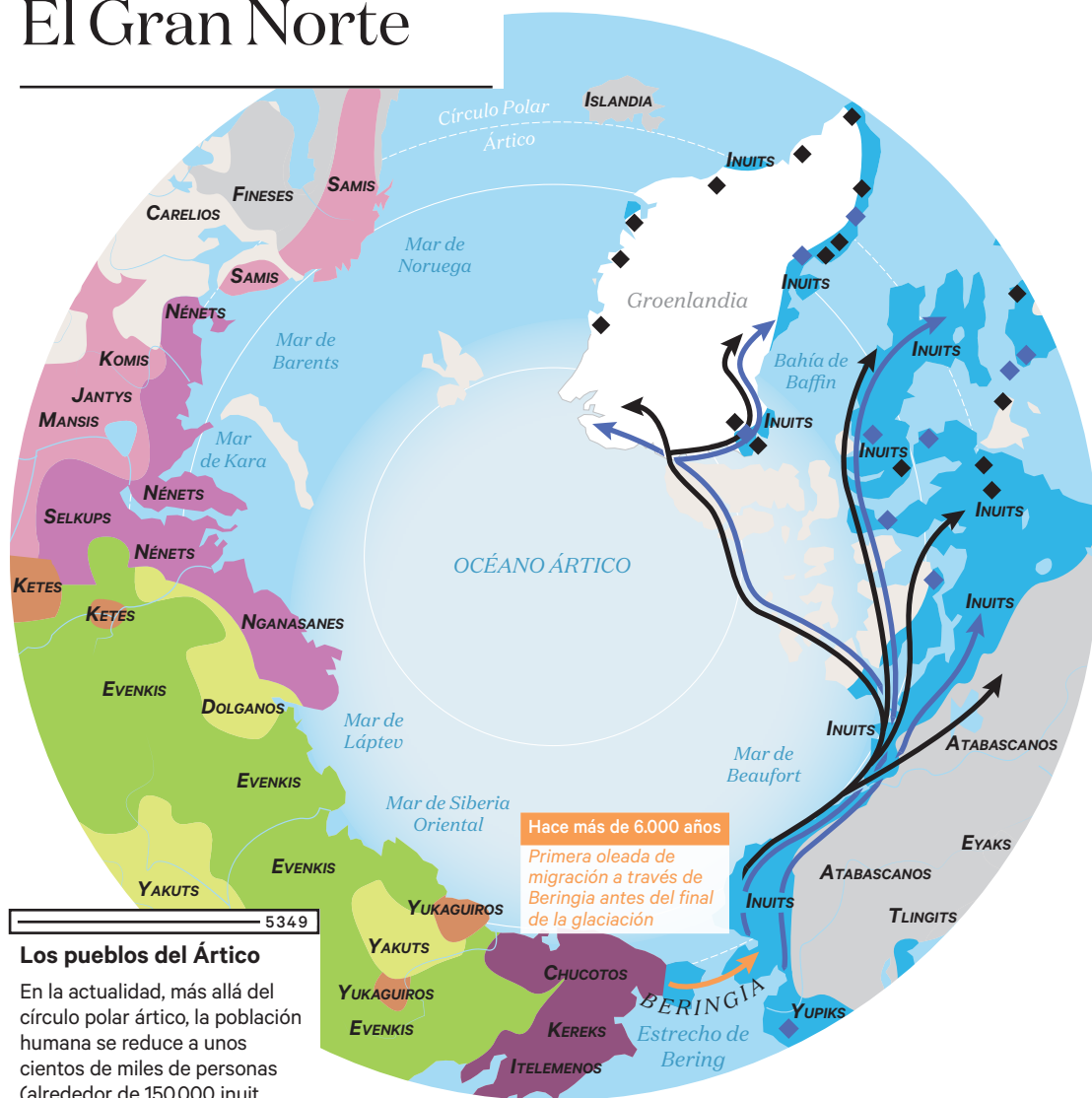
Los habitantes de las islas del Pacífico hablan lenguas de la misma familia (austronesia). Su evolución lingüística es actualmente el mejor indicio para comprender la historia de su expansión, que se remonta al IV milenio antes de nuestra era en Taiwán. Los aborígenes que subsisten en esta isla, actualmente muy marcada por la cultura china, son los últimos testimonios de esa primera etapa. Hasta el inicio de nuestra era, los austronesios han poblado Filipinas, luego Insulindia y, por último, Micronesia y Melanesia, llegando hasta Fiyi hacia el 1000 a.C. También partieron en varias oleadas hacia Madagascar. El desarrollo de la canoa polinesia con balancín al inicio de nuestra era permitió el poblamiento de todo el Pacífico hasta la isla de Pascua. La circulación dentro del triángulo polinesio (Hawái, isla de Pascua, Nueva Zelanda) jamás ha cesado, llegando quizá hasta las costas americanas, tal como atestigua la difusión de la batata. Estos pueblos fueron los más grandes navegantes de la historia hasta el s. XVI.



África meridional



El Gran Norte



Los pueblos del Ártico

En la actualidad, más allá del círculo polar ártico, la población humana se reduce a unos cientos de miles de personas (alrededor de 150.000 inuit, 90.000 samis y 100.000 habitantes pertenecientes a los «pequeños pueblos del Ártico ruso»). Se distinguen dos áreas opuestas: un mosaico de pueblos lingüísticamente muy diferentes en el norte de Eurasia y un mundo inuit homogéneo en América y Groenlandia. Estos pueblos no pudieron ocupar las regiones polares hasta el final de la última glaciación, procedentes del sur de Siberia en el primer caso y cruzando el estrecho de Bering sucesivas veces en el caso de los inuit.

Norte de Eurasia

Familia uralo-siberiana

- Samis
- Samoyedos
- Luoravetlanos

Familia yeniseiana

Familia altaica

- Lenguas túrcicas
- Lenguas tunguses

**Norte de América
(y Extremo Oriente siberiano)**

Familia esquimo-aleutiana

Poblamiento del norte de América

Oleadas migratorias

➡ La cultura dorset hace 4.500 años

➔ La cultura thule en el s. XIII

Sitios testimoniales

- ◆ Predorset o dorset

- ◆ Thule

■ **Pueblos más meridionales**

3

Las redes del Mundo Antiguo del Neolítico al siglo xv

El eje del Mundo Antiguo al inicio de nuestra era



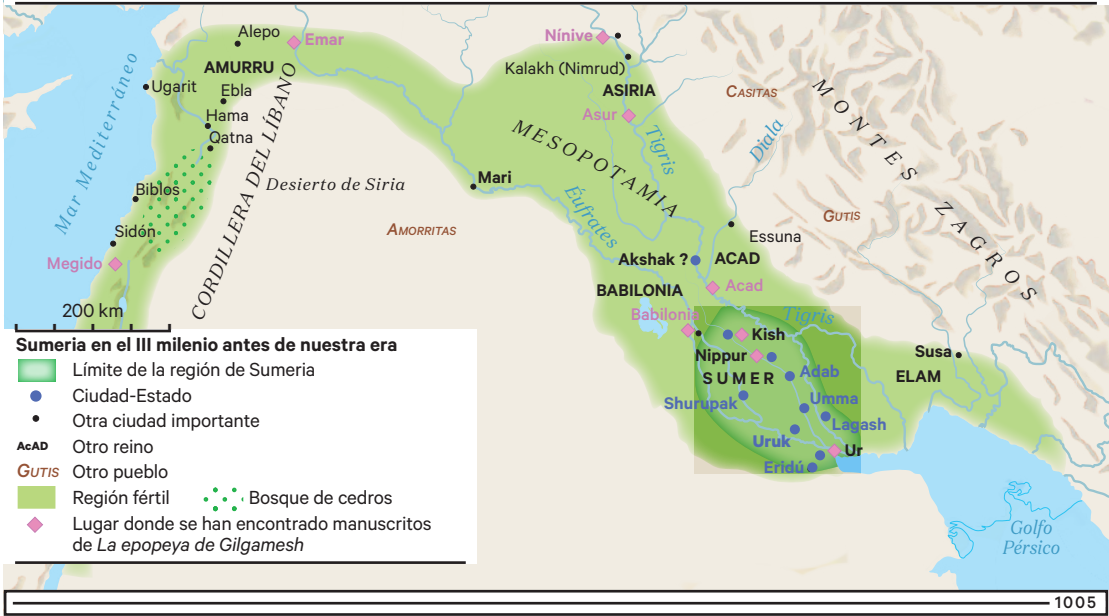
5650

De China a Roma en el año 200: un mundo conectado

A partir del Neolítico se desarrolló una zona con una gran densidad humana (como mínimo, dos tercios de la población mundial) desde los mares de China hasta el Mediterráneo. En el s. II esa zona se estructuraba en torno a varios conjuntos imperiales. Estos imperios hicieron frente, en el norte, a los pueblos de las estepas, poco numerosos pero con una gran movilidad, ya que eran pastores nómadas y viajaban en caravanas. Más al sur (desde el alto valle del Nilo hasta Insulindia, pasando por el Decán) se hallan conjuntos más pequeños, con fuertes conexiones con los intercambios centrados en el Índico. Al inicio de nuestra era, los dos principales imperios se sitúan cada uno en un extremo del eje. Ambos están comunicados de forma indirecta por las rutas terrestres de la seda y las marítimas de las especias. Esta primera «globalización» permite la circulación de bienes escasos y caros: metales, piedras preciosas y perlas, tejidos, plantas aromáticas y perfumes, especias, azúcar...



Mesopotamia: de las ciudades-Estado a los imperios (IV-I milenio a.C.)



La época de las ciudades-Estado (3500-2300 a.C.)

En el gran valle fertilizado por las crecidas del Tigris y el Éufrates, entre montañas al norte y el desierto al sur, la agricultura está presente desde el VI milenio antes de nuestra era. Los sumerios, un pueblo de origen desconocido, se instalan a partir del 3500 a.C. en la Baja Mesopotamia.

Aparecen ciudades compuestas por una localidad principal y una zona circundante agrícola. La administración de las tierras y del comercio impulsa el desarrollo de la escritura cuneiforme. No hay unificación política, pero sí conciencia de una fuerte identidad cultural común.



4767

Babilonia, la capital de Hammurabi y de Nabucodonosor (siglos XVIII a.C.-II d.C.)

Babilonia, una modesta aldea, se convierte en la metrópoli principal de Mesopotamia durante el reinado de Hammurabi (1792-1750 a.C.). Durante mucho tiempo conserva la función de capital religiosa, hogar de Marduk, el rey de los dioses mesopotámicos. En los ss. VII-VI a.C. vuelve a convertirse en el centro de un imperio, el neobabilónico, y no desaparece hasta el inicio de nuestra era. La ciudad se ubica donde el Tigris y el Éufrates se hallan más próximos entre sí y donde hay mayor cantidad de canales de irrigación. Desde el s. XVIII a.C. la ciudad se extiende a un lado y al otro del Éufrates, estando su centro en la orilla oriental. En el 1595 a.C. Babilonia es saqueada e incendiada por los hititas, pero no desaparece y sigue conservando su papel religioso. En el s. XII antes de nuestra era se erige una nueva muralla más pequeña.



La época de los imperios (2300-538 a. C.)

Desde el s. XXIII hasta el s. VI antes de nuestra era se alternan períodos de vastos imperios y de fragmentación geopolítica. El primer imperio es el de Acad, fundado por Sargón (2334-2279 a. C.) y cuyo nieto Naram-Sin (2254-2218 a. C.) unifica toda Mesopotamia. Desde el s. XXI hasta el s. XVIII antes de nuestra era, Mesopotamia vuelve a fragmentarse en principados. Luego surge un segundo imperio a partir de Babilonia, que alcanza su apogeo durante el reinado de Hammurabi (1792-1750 a. C.). La toma de la ciudad en el 1595 a. C. por los hititas inaugura un largo período de fragmentación

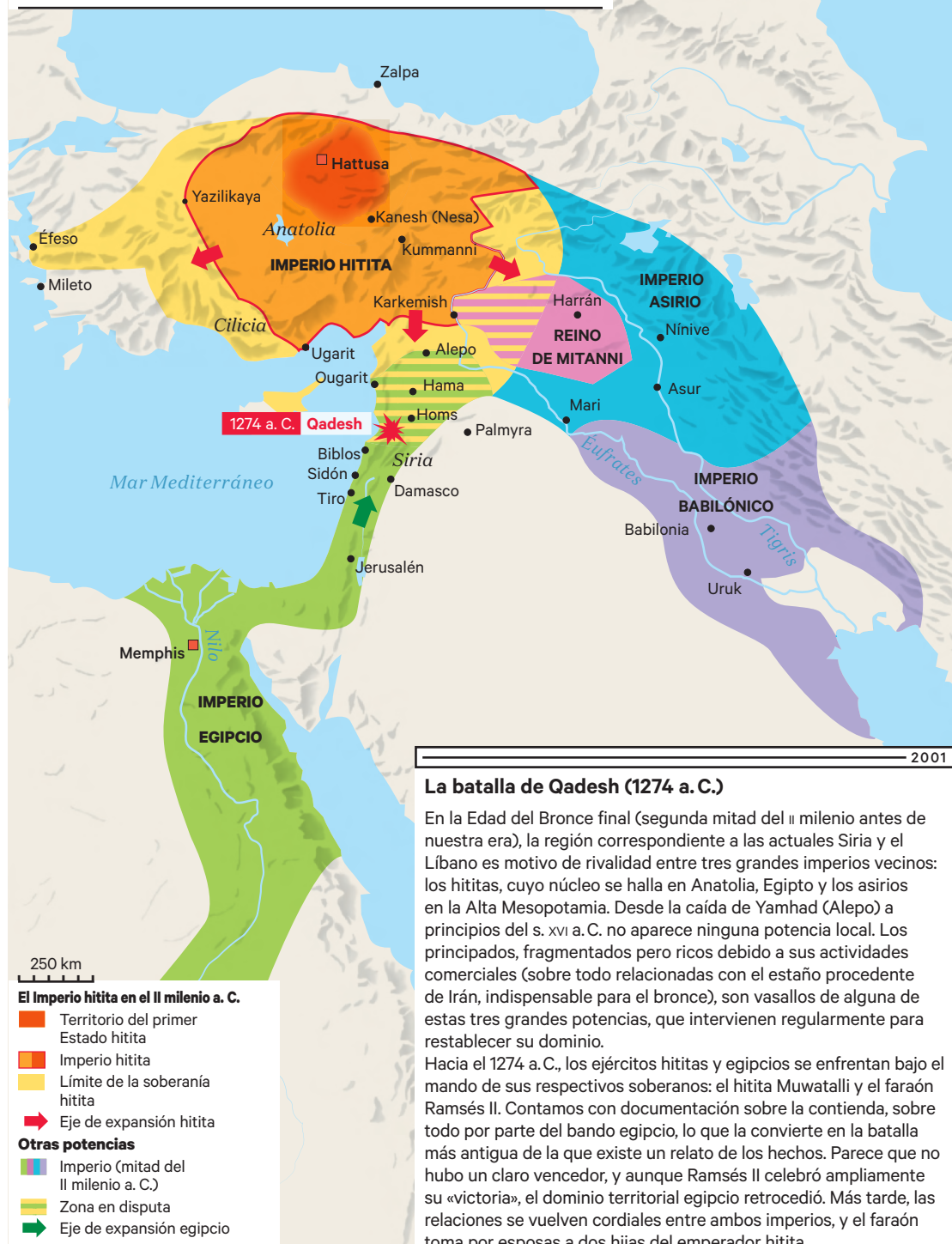
marcado por la intervención de los egipcios y los hititas. A principios del I milenio a. C. se afianza el Imperio asirio, que llega a su cénit con Asurbanipal (668-627 a. C.). En el 612 a. C., los babilonios, que vuelven a ser independientes, se apoderan de la capital asiria, Nínive. Nabucodonosor II (605-562 a. C.) consigue aglutinar un imperio cuyos límites coinciden con los de la Media Luna Fértil gracias a la conquista del reino de Judá y la deportación de su población. En el 539 a. C., una nueva potencia más oriental, Persia, conquista Babilonia. La Mesopotamia independiente pasa así a mejor vida.

El Antiguo Egipto





Hititas contra egipcios



Moisés: las rutas del Éxodo



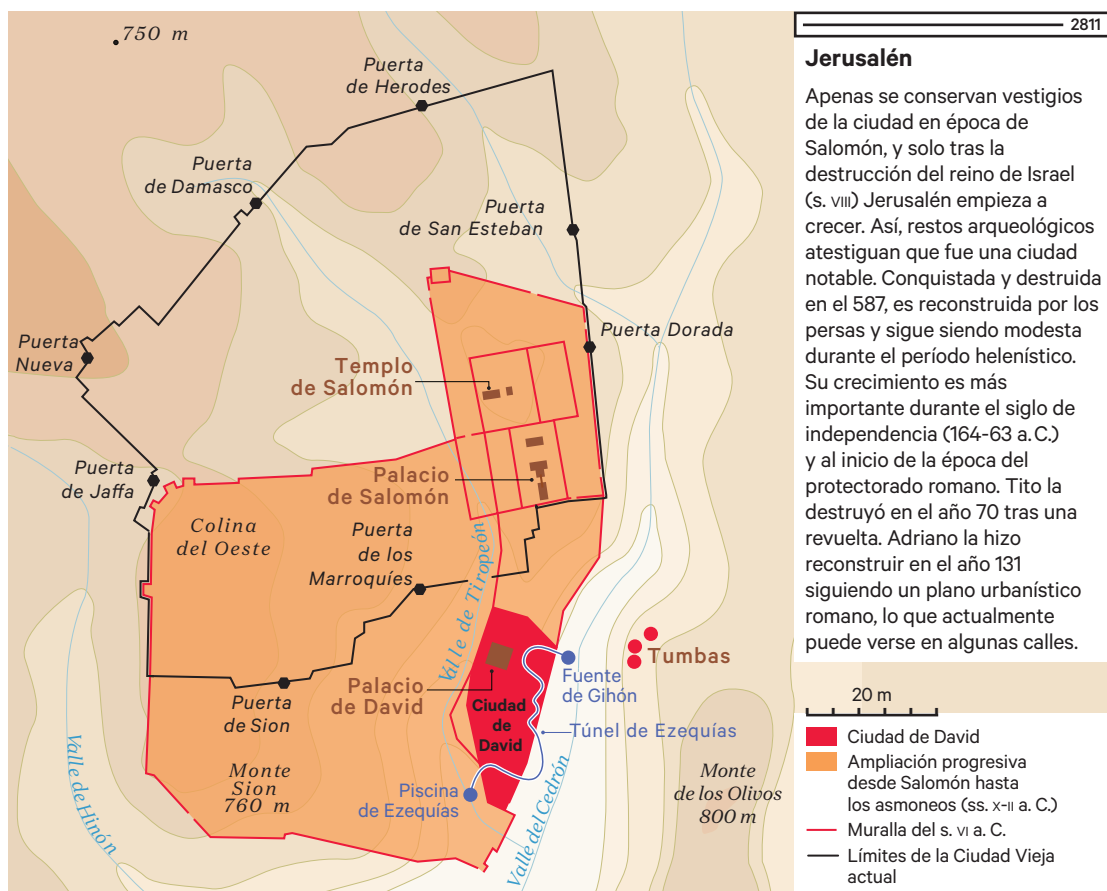
El mundo de la Biblia



4790

Una topografía retrospectiva del territorio bíblico

No existe ninguna prueba arqueológica de la existencia de un reino de David y Salomón en el s. x antes de nuestra era, y solo aparece mencionado en el Antiguo Testamento. En cambio, fuentes no bíblicas atestiguan la existencia de los reinos de Israel y de Judá en el s. VIII antes de nuestra era. El primero fue destruido por los asirios en el 722 y el segundo fue tomado por los babilonios en el 587 junto con Jerusalén. Muchos nombres de pueblos y lugares citados en la Biblia corresponden a una geografía posterior a la cronología tradicional del relato bíblico.

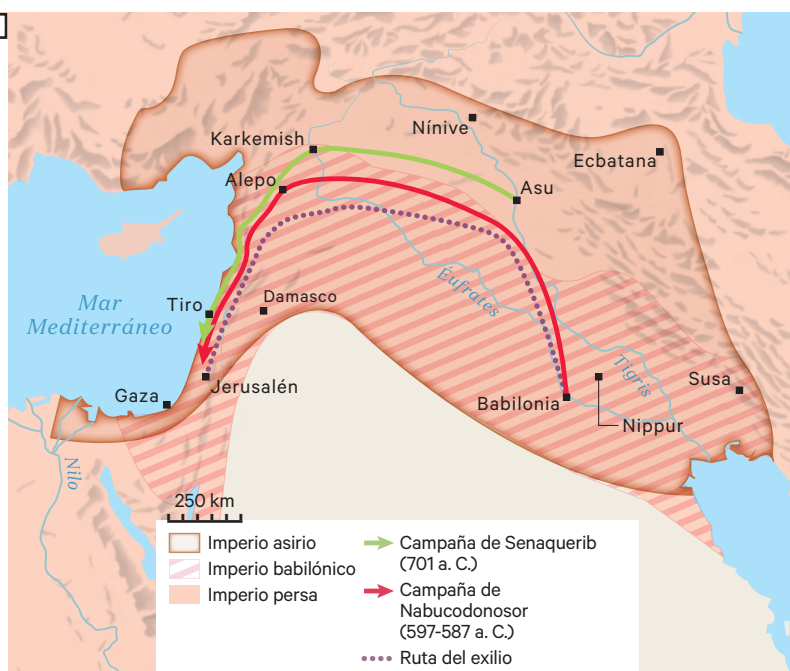


Jerusalén

Apenas se conservan vestigios de la ciudad en época de Salomón, y solo tras la destrucción del reino de Israel (s. VIII) Jerusalén empieza a crecer. Así, restos arqueológicos atestiguan que fue una ciudad notable. Conquistada y destruida en el 587, es reconstruida por los persas y sigue siendo modesta durante el período helenístico. Su crecimiento es más importante durante el siglo de independencia (164-63 a. C.) y al inicio de la época del protectorado romano. Tito la destruyó en el año 70 tras una revuelta. Adriano la hizo reconstruir en el año 131 siguiendo un plano urbanístico romano, lo que actualmente puede verse en algunas calles.

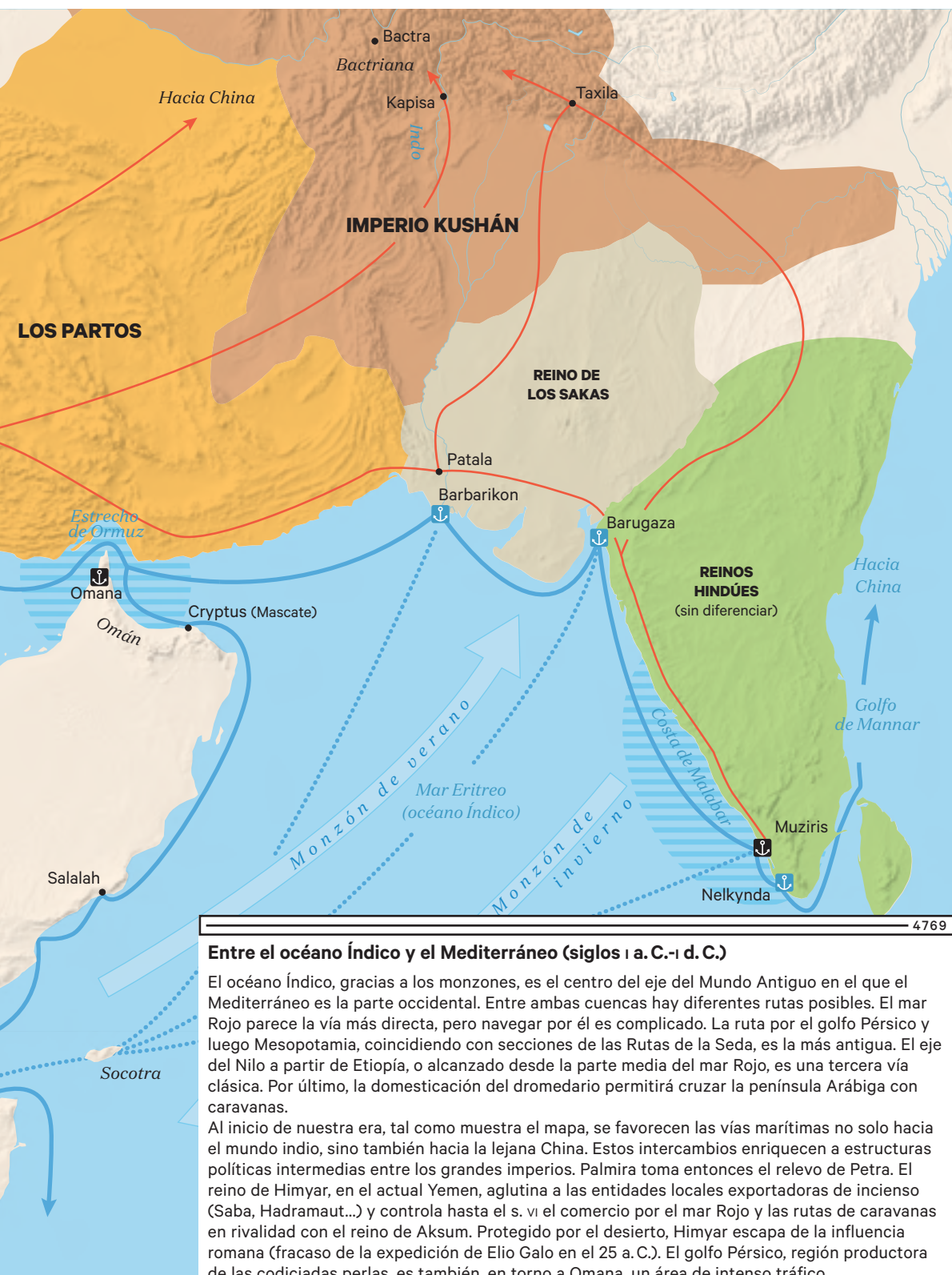
El exilio de los judíos en Babilonia

A diferencia del Éxodo (la salida de Egipto de los hebreos guiados por Moisés), el cautiverio en Babilonia descrito en la Biblia se corresponde con hechos históricos. En el 587, el reino de Judá es anexionado por Nabucodonosor al Imperio neobabilónico. Siguiendo una práctica habitual, los miembros de la élite política, religiosa y económica, tomados como rehenes, son deportados, no así la población rural. La ruta del exilio (y la del regreso tras la toma de Babilonia por los persas en el 539) sigue el trazado de la Media Luna Fértil en paralelo a la ruta de las invasiones sucesivas de Palestina por parte de los ejércitos de los imperios mesopotámicos.



La encrucijada de Oriente Próximo





Los fenicios y Cartago



6750

La expansión de un pueblo de marineros (1200-300 a.C.)

Los historiadores han recuperado la palabra griega «phoinix» (que aparece en la obra de Homero) para designar a los habitantes de las ciudades situadas en aquella época en el litoral del actual Líbano. Esa población, que pertenece al mundo cananeo, usa el nombre de la ciudad a la que pertenece para designarse y no parece tener una identidad común. A partir del s. xii, estas ciudades mercantiles se liberan de la tutela imperial (egipcia o hitita). Entonces inician una gran expansión marítima fundando colonias en Chipre, Sicilia, el Magreb (la principal de las cuales es Cartago) y la península Ibérica. Su riqueza procede de su papel de importadores hacia el mundo oriental de materias primas y de productos semitransformados procedentes de las periferias occidentales (plata, estaño, plomo, garo...), así como de esclavos. En el s. vii, las metrópolis fenicias ven su autonomía restringida al verse integradas en varios imperios (asirio, babilónico, persa, griego) mientras que Cartago afianza su poder en el Mediterráneo occidental. Embarcada en un movimiento de unificación del oeste mediterráneo, la civilización cartaginesa (o púnica) se topa con Roma. El principal legado dejado por los fenicios es el alfabeto, que perfeccionan y transmiten a los griegos antes de su adaptación al latín.

Marfil, oro, esclavos, pieles de animales

Especies, huevos de avestruz